



LA PARTICIPACION

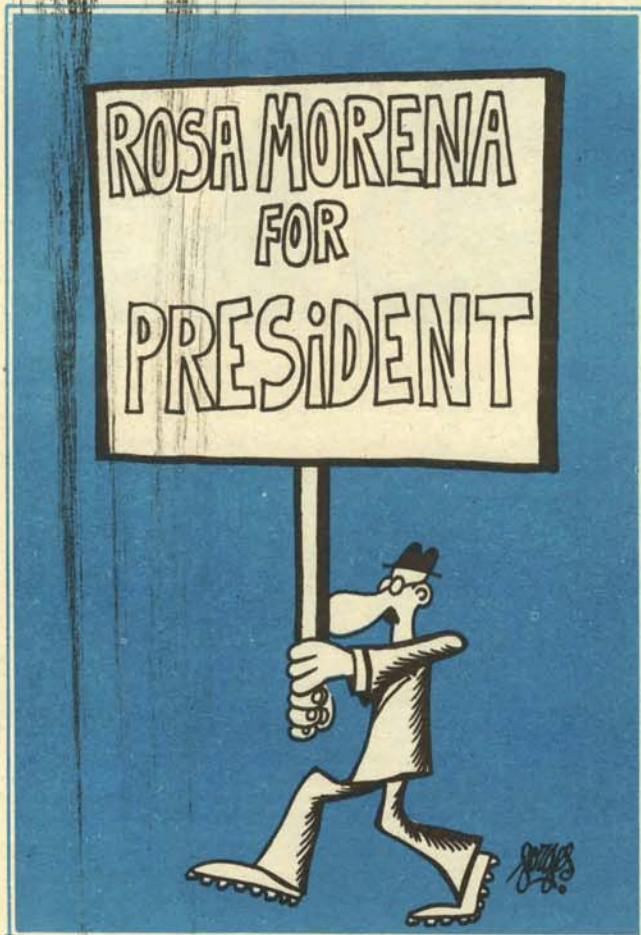
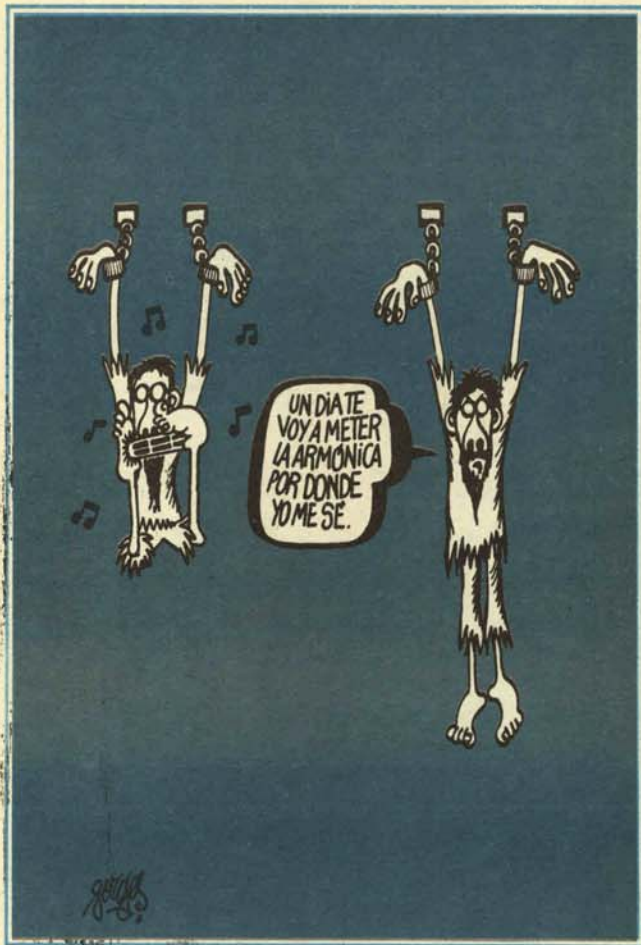
LO importante es participar. Lo dijo el barón de Coubertin y lo han dicho ahora nuestros políticos. Es verdad. Los españoles llevamos treinta y tantos años de paz desentendiéndonos frívolamente de la cosa pública, dedicados a conseguir un puesto en una cacería de trabajo o a ligar una gogó, y esto no puede seguir así. De la noche a la mañana he tomado conciencia política y he pedido permiso en la oficina para salir a participar. «Tengo que intervenir en la cosa pública, para que se entere». El jefe creyó que había salido concejal y me dio permiso para enfundar la sumadora hasta la tarde.

Ni corto ni perezoso, me fui a las Cortes en autobús. Y así se lo dije al conductor de la EMT. «Al hemiciclo, buen hombre». Era por la mañana y en las Cortes no había más que limpiadoras y ujieres leyendo el «As». Me senté en una butaca de primera fila. Debe ser la de algún pez gordo. Se me acercó un ujier, muy correcto:

—Perdone, señor procurador, pero la sesión terminó ayer por la tarde. Ha debido quedarse usted traspuesto.

Farfullé algo, quise tomar mi bocadillo de las doce en el bar de las Cortes, pero estaba cerrado, así que me fui a participar a otro sitio.

En el Banco de España lo mismo. Me acerqué al cajero y le dije que quería repasar las sumas, porque estoy dispuesto a participar en la mecánica fiduciaria del país. Parece que es un poco sordo y no me entendió bien. Me dijo que mi letra había sido protestada, como siempre, y que el notario vivía en Apodaca, por si quería ir a verle. Salí a Cibeles, no completamente desalentado, y tomé otro autobús que me llevó hasta el Ministerio de Información y Turismo. Durante el trayecto había ido yo subrayando en rojo, en el «ABC», párrafos insidiosos y crónicas subversivas. Me fui directamente a pedirle cuentas al señor ministro y a exigir la voladura del «ABC» por «Explosiones Controladas, S. A.», una firma que tiene mucha práctica en periódicos. Pero el señor ministro había salido para un almuerzo de trabajo y me quedé en el bar del Ministerio, que es un sitio ligón, tomando pinchos con una empleada del cuerpo técnico que no tiene mal cuerpo. Pero de mañana no pasa que me lance a participar. ■ LORD.



¿PUEDEN TENER SEXO LOS POLITICOS?

La postura egipcia de declarar una guerra por lo religioso y luego cortarla por lo civil ha creado una difícil situación al gobierno libio. Resulta que entre el Presidente Gaddafi y el caírota Sadat existe una especie de matrimonio político, con religión por medio para más atadura. Sarao, sonriente mozo, se fue a la guerra y su amante libio quedó en casa tejiendo y destejiendo contratos petrolíferos para ayudar al varón. Hasta aquí, todo bien. Pero ahora resulta que algún remanso del Nilo ha sido testigo de un encuentro furtivo: Kissinger y Sadat se han visto, se han sonreído y han hecho manitas a espaldas de Gaddafi. Al enterarse éste, se ha montado en la cólera de los grandes días, amén de arrojar su gorra de plato repetidas veces contra los baldosines de Pa-

lacio: «¡Tejer para esto! ¡Maldito amor! ¡Yo al nivel de un starlette!», y llorando amargamente se encerró en el Corán. A las doce tocó arrebato nacional y anunció: «Sarao es un adúltero y como tal debe morir. Mahoma lo dice. Piedras, muchas piedras, ¡quiero piedras!». La operación de almacenamiento ha comenzado. El propio Presidente ha escrito al Alcalde de Cuenca una atenta carta para expresarle su deseo de comprar la Ciudad Encantada y se rumorea en Trípoli que Gibraltar puede ser el próximo objetivo. Las fábricas de armas han aumentado peligrosamente la producción de tiragomas, pero un problema grave se plantea: ¿Cómo manejarlos?, ¿llegarán a tiempo los instructores cántabros?

VIRGINIO